

Amores y rumores a los ojos de Don Quijote

Paulo Roberto Machado Tostes

La novela pastoril del siglo XVI, aunque se caracteriza por la referencia a la vida natural, se distingue por su producción refinadamente literaria. Los “pastores” que la protagonizan son hombres cultos, que se deleitan en la contemplación de sus penas de amor (amor, en general, no correspondido), amor honesto, virtuoso, de acuerdo con los ideales platónicos de la época. Podemos identificar en ese tipo de literatura una melancolía que impregna la expresión de los sentimientos y también la desesperación que se manifiesta durante el discurso. La naturaleza, además de servir de marco a ese contexto, proporciona al novelista recursos para la elaboración de fuertes imágenes y comparaciones, acompañadas de personajes reales mezclados con figuras mitológicas. Como ejemplo, podemos apuntar la historia de la pastora Diana, protagonista de la novela *Los siete libros de la Diana*, de Jorge de Montemayor. Veamos en este trecho: “*En los campos de la principal y antigua ciudad de León, riberas del río Ezla, hubo una pastora llamada Diana, cuya hermosura fue extremadísima sobre todas las de su tiempo...*” En esta historia sucedió que Diana quiso y fue querida por un pastor llamado Sireno y, al mismo tiempo, la quiso otro de nombre Silvano. A lo largo del libro, Silvano recibe la ayuda de la maga Felicia y llega a un final feliz, mientras Sireno permanece indiferente a la vista de Diana, que se casó con otro pastor, caracterizándose así una típica temática pastoril de la época.

Don Quijote, por su parte, ya en el primer día de viaje, aunque no encuentra ninguna aventura, se pone a hablar sólo – prescribiendo futuros desafíos o volviéndose a su amada Dulcinea: “*Ó Princesa Dulcinea, señora de este cautivo corazón, muchos agravios me hicisteis en despedirme*” (Cervantes, 1989, p. 50). A través de éste y otros disparates, Don Quijote iba imitando lo que había leído en los libros, siendo que para un hombre como él, a los cincuenta años, la ausencia de aventuras significaba siempre un retraso existencial, por lo tanto, si no le ocurría una Dulcinea materializada, ésta “tendría que existir” para que el héroe pudiera cumplir su oficio de caballería, como veremos a seguir.

En el episodio “Marcela y Crisóstomo”, del *Don Quijote*, capítulos XI a XIV, el hidalgo y su compañero, Sancho, encuentran unos cabreros que los acogen y junto a los cuales los dos aventureros conocen el sufrimiento de Crisóstomo. En ese ambiente de

pastores, Quijote, guiado por nobles ideales de la caballería y por la palabrería de escuderos, deja a todos los cabreros admirados y confundidos. Nuestro gran personaje sigue acuciado por un móvil caballeresco, intentando mostrar la belleza de un tiempo en que la verdad y los conceptos aún no se habían mezclado con el fraude, el engaño y la malicia. Mientras Quijote hacía sus reflexiones, llegó un joven de otra aldea y narró el dolor de Crisóstomo, muerto de amores por una pastora llamada Marcela. Aquí se cuenta la historia de un hombre virtuoso y culto, que se enamoró de una bellísima pastora. Marcela, que no corresponde a Crisóstomo, es vista de forma implacable por todos los que pasan a conocer lo que causó la muerte del amante: *“De toda esta lamentable historia se puede concluir cuanta fue la crueldad de Marcela....”* Cuando el cuerpo de Crisóstomo estaba siendo sepultado, apareció Marcela que, lúcidamente, se defendió de las acusaciones que le eran apuntadas – postura que la distingue bien de la pastora Diana y de la idealizada Dulcinea: *“Con la sabiduría que Dios me dio, conozco que toda la hermosura es amable; pero no entiendo que en siendo amada, sea obligada a amar....”* *“Yo nací libre; y para poder vivir libre elegí las soledades de los campos; los árboles de esta montaña son mi compañía...”* (Cervantes, 1989, p. 81)

La *“Canción de Desespero”* de Crisóstomo, nos muestra no sólo el dolor de un hombre cuyo amor dedicado a una mujer sólo existió en él, sino también la desgracia de la que fue víctima, como puede verse en estos versos de la canción: *“Canción de desespero, no te quejes/Cuando a llorar en la soledad me dejes.* Percibimos que a la pastora Marcela le interesa solamente conservar su pureza junto a los deseos pastoriles: *“.....mis deseos tienen por límites estas montañas; y, si para fuera se lanzan, es para contemplar la hermosura del cielo. Son estos los pasos por donde el alma camina para su estancia primera.”* En Crisóstomo, el deseo es un camino para la muerte ya que no puede recibir los agradados de Marcela.

Dulcinea, a su vez, existe porque Don Quijote la “construye”, la idealiza como elemento fundamental, que muy bien se encaja en los ideales de caballería, pues como se sabe Dulcinea es en realidad, dentro de la novela, la pastora Aldonza Lorenzo. Mientras acompaña el relato sobre Marcela y los encantos que ésta causa a los pastores, lo que le importa a Don Quijote es amparar a las débiles doncellas: *“Ninguna persona, de cualquier condición que sea, se atreva a seguir la gentil Marcela, bajo pena de caer en el furor de la*

mi indignación.” La musa del Toboso es el ideal que moviliza la búsqueda caballerescas del héroe, siendo que cualquier amenaza a una doncella es también una injuria a toda la Dulcinea que puebla el universo quijotesco. En el final del capítulo XIV, el caballero decide encontrarse con Marcela para ofrecerle sus servicios, sin embargo no aconteció como imaginaba.

Lleno de fantasías, con todo aquello que había leído en los libros – pendencias, batallas, heridas, requiebros, amores y tormentas inimaginables – el héroe se asentó de tal modo en la imaginación que todo se le transformaba en verdad, y para él no había otra historia más cierta en el mundo. Debe notarse que el ejercicio de Don Quijote no se caracteriza solamente por el uso de las armas, es incluso desasosiego, que ocurre a todos aquellos que en el mundo son llamados caballeros andantes. El universo quijotesco podía no ser necesario, era sólo una especie de locura que dominaba al héroe y que todos admiraban, pero su genio aventurero servía para que se pudiera entender mejor el momento existencial del hombre en aquel contexto. Como se ve en el capítulo XIII de la primera parte – *En que se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos* – Quijote no se identificaba con la razón de los caballeros andantes, pues viéndose frente a una gran y grave aventura, no trataba de encomendarse a Dios, como otro cristiano, sino a sus damas. Esto se destaca con tanta ansia y devoción que es como si esas damas fueran Dios.

Por lo tanto, cuando Marcela se pone a seguir su camino, dejando a todos encantados con su belleza y argumentación – lo que expresa una mujer bien conciente de su condición – se presenta Don Quijote para protegerla, entendiendo que para eso debía ser su caballería: dar amparo a las doncellas necesitadas y comprenderlas en su honradez, mostrando que en el mundo solamente las que viven con honestidad, son dignas del cuidado y protección de las armas de un caballero de su talla.

Cervantes aunque incluyó en el *Quijote* relatos pastoriles – tal como el episodio de la pastora Marcela al que nos estamos refiriendo– expresó esta inclusión de forma irónica, primero por su utilización como tema adyacente y de contrapunto con el tema, no ya género, del mundo de caballería y segundo porque Don Quijote, próximo ya a su fin, percibiendo que sus aventuras y su vida de ingenioso hidalgo estuvieron marcadas por la descalabrada y desengañada visión de un mundo que había pretendido reformar, decide hacerse pastor y seguir la vida del campo en compañía de Sancho. Cervantes entonces

describe con la mayor precisión los elementos propios de la literatura pastoril, es lo que se puede leer en lo que le dice Don Quijote a su compañero:

“...querría ó Sancho!, que nos convirtiésemos en pastores [.....] Yo compraré algunas ovejas y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor Poncino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allá, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos, [.....] sombra los sauces, olor las rosas, [...] aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas [...], gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos.....”

Así, entre ideales de amor y tantos rumores, Don Quijote recuperará el juicio al confrontarse con la enfermedad. De vuelta a su aldea, acometido por una gran melancolía y desengañado por los médicos, en el lecho de muerte, el héroe declara: *“Tengo el juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia con lo que ofusqué mi amarga y continua lectura de los detestables libros de caballería”* (Cervantes, 1989, p. 852).

BIBLIOGRAFÍA:

SAAVEDRA, Miguel de Cervantes. *Don Quijote de La Mancha*. San Paulo: Nova Cultural, 2003.

Textos sobre el tema discutidos en las clases de Literatura Española 1, 2004.